

Hojas verdes

Durante la primavera, los libros salen a la calle. Las ferias se suceden. Todas ellas venden libros en papel. Pese a la lenta adecuación del mundo editorial al libro electrónico, se dice que este será el futuro. Pero como en otros sectores tecnológicos, las incógnitas de cómo será su evolución no están despejadas. Las nuevas tecnologías fomentan sus mitos. Uno de ellos es que son más ecológicas al no necesitar soportes como el papel, por ejemplo, en el caso del libro. Sin embargo, no se tienen en cuenta otros factores para comprobar realmente cuál es su huella ecológica.

El objetivo fundamental de calcular la huella ecológica consiste en evaluar el impacto sobre el planeta de un determinado modelo de vida y, compararlo con la biocapacidad o la regeneración del planeta. Consecuentemente, es un indicador clave para la sostenibilidad. La mitad de las emisiones totales de CO₂ se deben a nuestras actividades cotidianas. Al libro electrónico frente al libro de papel, se le otorgan unos beneficios simplistas desde perspectivas economicistas (la tecnología es más barata) y ecologistas (no se talarán tantos árboles).

Jordi Bigues, autor de varios libros de divulgación ambiental, desvela en *Avui actius... o demà radioactius* el impacto de cada ejemplar de ese libro. Bigues hace un cálculo de la huella ecológica que ha supuesto la edición. Cada uno de sus ejemplares ha comportado la generación de 0,53 kg de residuos y el consumo de 5,24 litros de agua y 3,41 kWh de electricidad.

Además, el autor ha calculado la contribución al calentamiento del planeta: 1,76 kg de CO₂, aunque la imprenta está sujeta a una ecoeditorial y el papel procede de una gestión forestal duradera. Si se compra este libro se habrá contribuido a poner en el planeta 1,33 miligramos de residuos radiactivos (en España se generan cada año 160 toneladas de combustible irradiado).

La ecoedición, por la que Jordi Bigues aboga, manifiesta un dato que a priori parece paradójico: la producción de un libro de papel es más sostenible medioambientalmente que un *e-book* salvo que se lean más de 22 libros al año. La clave está en el reciclado de ambos tipos de libros. Mientras que el de papel regresa a su estado de pasta para hacer nuevas ediciones, del electrónico solo se reutiliza en la actualidad el 1%.

Todo un reto frente a quienes presentan el libro electrónico como una solución más conveniente para el planeta. Pero también es un reto para los que abogan por el papel. La demanda mundial de papel sigue creciendo y solo el 10% de la población mundial consume más del 50% del papel. Por otro lado, si la madera para hacer el papel procede de bosques y plantaciones bien gestionados, es un recurso renovable, un almacén de carbono y es reciclable, ya que sus fibras de celulosa son reciclables varias veces.

Los pros y los contras para elegir un tipo de libro u otro para las personas que se preocupan del medio ambiente son como el dicho: dependerán con el color con que se miren. Lo único cierto es que ninguna de las dos posiciones son esclarecedoras del "conflicto".



SHUTTERSTOCK

En principio ninguna opción parece la más verde. Tal vez hay más sensibilidad por los bosques, pero debemos ser cada vez más conscientes que la quema de basura electrónica, problema que no hemos resuelto, es tremendamente contaminante.

Los ecologistas nos recuerdan que esta nueva herramienta electrónica se suma a toda una lista de ordenadores, móviles o televisores que en un corto espacio de tiempo serán desechos electrónicos que terminarán en vertederos o serán incinerados como emisiones dañinas para el medio ambiente y la salud. Estos residuos electrónicos son exportados, a menudo ilegalmente, desde Europa, EE UU, Japón y otros países industrializados, a Asia y África. Muchas de las personas que desmantelan estos residuos son niños y niñas que están expuestos a un cóctel de sustancias químicas tóxicas.

Para sustentar su posición sobre la ecoedición, Bigues pone como ejemplo el libro *Una verdad incómoda*, del exvicepresidente estadounidense Al Gore. Para su edición española, Bigues calculó su coste en términos de medio ambiente (de dónde viene la energía de la imprenta, qué tipo de papel se usa, dónde se produce y demás) y lo "pagó" mediante la plantación de un bosque equivalente en Albacete.

Hay tablas y test para medir nuestra huella ecológica y saber si somos sostenibles. Pero esta asignatura está todavía por aprobar por los consumidores y los fabricantes.